

roso grupo de hombres armados que se dirigían á aquel sitio en actitud inquietante.

Se ordenó inmediatamente que los guardias del presidio se armaran y parapetados en la azotea repelieran el ataque.

Mientras tanto la columna continuaba su marcha por las calles de Lecumberri, llevando preparadas las armas, y dispuestos á combatir de un momento á otro.

No hubo necesidad de disparar un sólo tiro. El Sr. Cecilio Ocón, portándose con extrema audacia emplazó una pieza de artillería con dirección á la puerta de la prisión y otra á las habitaciones de la familia del director del Establecimiento, Sr. Octaviano Liceaga.

Las fuerzas habían rodeado el presidio, cubriendo los flancos, y tomando posiciones estratégicas para el caso de atacar.

El General Reyes dió dos aldabonazos en la puerta del presidio, y salió uno de los vigilantes. El divisionario fué introducido al despacho del Director en donde estuvo conversando con él algunos instantes, pidiéndole la inmediata libertad del General Díaz.

La familia del Director de la Penitenciaría suplicaba que quitara la pieza que estaba abocada á sus habitaciones, pues ya se iba á consultar el caso con el Ministerio de Gobernación, por teléfono.

Los sublevados se mostraron intransigentes, y exigieron que desde luego se pusiera en libertad al cautivo, pues de lo contrario harían fugo.

Ante esta disyuntiva, el Director de la

Penitenciaría tuvo que ceder á la demanda de los alzados.

El señor General Díaz salió de la prisión, vistiendo traje gris y sombrero fieltro de igual color. Los aspirantes dispararon sus armas al aire en señal de júbilo, y prorrumpieron en estruendosos vítores en loor de sus jefes los Generales Díaz y Reyes.

El señor General Reyes levantándose en los estribos de la montura de su caballo, se dirigió á las fuerzas vitoreando al Ejército, y condenando al mal Gobierno.

El entusiasmo era desbordante. En los rostros de los sublevados se veía el reflejo de una alegría sin límites.

Hubo necesidad de que los Oficiales dieran órdenes, por conducto de los clarines, de "cese el fuego," pues cada vez se hacían más nutridas las descargas.

En estas condiciones el clarín de órdenes lanzó al aire el toque de marcha, y la columna, que constaba de más de mil quinientos hombres, se puso en movimiento con dirección al Palacio Nacional.

Mientras la columna marchaba sobre el Palacio virrenal, el Director de la Penitenciaría, daba aviso telefónico de los acontecimientos al General Lauro Villar, Comandante Militar de la Plaza.

La columna marchó por las calles de Lecumberri, hasta llegar á las del Relox, torciendo á la izquierda con dirección á Palacio. Al llegar á la esquina de las calles de la Moneda las tropas que estaban en Palacio empezaron á disparar sobre los sublevados, y el pueblo

que se encontraba agrupado en frente y á los lados.

¿Qué pasaba? ¿Por qué las fuerzas del Palacio tiroteaban á los sublevados.

El General Villar, cuando recibió el aviso de la libertad de Díaz, se trasladó inmediatamente al Palacio, y con pistola en mano se dirigió á los soldados del veinte y veinticuatro Batallones que se encontraban de guardia, dándoles órdenes de desarmar á los aspirantes, los cuales fueron hechos prisioneros y encerrados en las cocheras de la planta baja.

Estas tropas habían sido acuarteladas en Palacio desde el día anterior, porque se habían tenido algunos indicios del levantamiento.

Cuando el General Reyes se encontraba al frente de Palacio acompañado de varios de sus hombres, el Coronel Morelos, con voz lúgubre ordenó á sus soldados, los del veinte Batallón, hacer fuego sobre los levantados.

El combate era cada vez más reñido. En la azotea de Palacio estaba funcionando una ametralladora que hacía terribles estragos en la maza popular que permanecía presenciando los acontecimientos, atizbando detrás de un árbol ó de un poste, ignorantes de que las balas de acero atravezaban los hierros y la madera. Por esto se explica el amontonamiento de los cadáveres al pie de los postes.

En las torres de Catedral se batían los aspirantes y en la de Santa Inés igualmente.

El General Reyes se dirigió al Coronel Morelos preguntándole por qué se le impedía la entrada, recibiendo por contestación varios disparos de pistola, que lo privaron de la

vida instantáneamente. También el Coronel Morelos cayó muerto por las balas de los aspirantes.

Los hombres que acompañaban al señor General Reyes dispararon sus armas en contra de Morelos, que fué uno de los primros que sucumbieron.

La columna empezó á disgregarse. El General Villar asumió el mando de las fuerzas, resultando herido en un brazo.

El señor General Díaz en vista de que los enemigos estaban apoderados de Palacio dió órdenes de contra marcha, avanzando la columna por las calles del Relox, con dirección á Peralvillo.

Las torres de Santa Inés y de la Catedral permanecían aún en poder de los aspirantes, que en vista de los acontecimientos desarrollados, decidieron abandonar sus posiciones, por no disparar en contra de sus hermanos los cadetes del Colegio Militar, que tomaban una actitud contraria á la que creían estaba acordado. Muchos quedaron en sus puestos y fueron aprehendidos más tarde.

La noticia de la trágica muerte del señor General Reyes se esparció por toda la ciudad con la rapidez del rayo. Esta noticia causó muy triste impresión en el ánimo de todos.

El señor General Reyes presentía su muerte. El sábado cuando estuvo á verlo en la prisión su esposa la Sra. Doña Aurelia Ochoa de Reyes, le pidió agua caliente para lavarse diciéndole: quiero lavarme para que cuando recojan mi cadáver esté limpio.

Este presentimiento vino á acentuarse más cuando el señor General Reyes, al abrazar

al General Díaz cuando salió de la Penitenciaría, le dijo: "Ahora estoy contento, porque ya encontré quien me substituya."

¿En qué se fundaba este presentimiento?  
¿A qué obedecía?

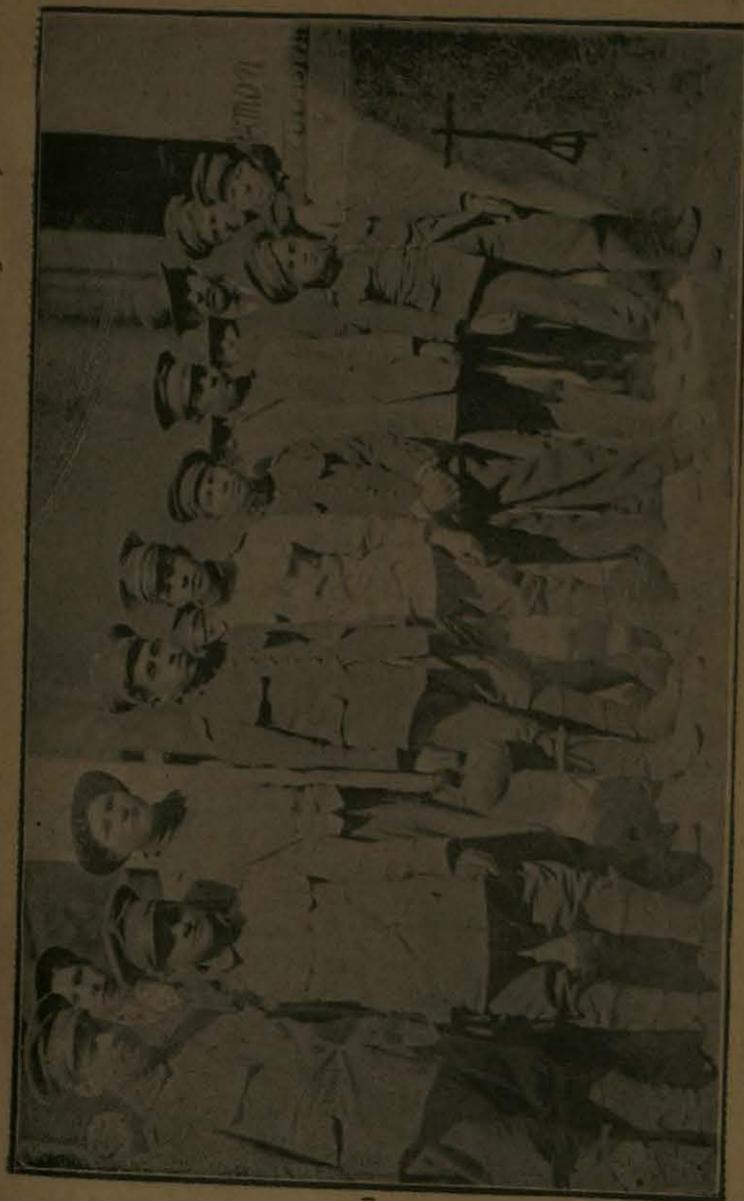
El misterio guarda este secreto bajo el obscuro manto de la tiniebla.

Y no era un temor á la muerte, pues el General Reyes lo decía con verdadera serenidad.

Más tarde, cuando el tiroteo fué disminuyendo, su cadáver y el del Coronel Morelos fueron conducidos á la Mayoría de órdenes y colocados en una de las mesas de trabajo.

Por la tarde estuvo en Palacio á ver al Presidente de la República, pidiendo el cadáver de su esposa, la Sra. Aurelia Ochoa de Reyes. El Presidente Madero se negaba á acceder á aquella súplica de una alma piadosa, y entonces la Sra. de Reyes, dijo al Presidente con un dejo de infinita amargura: "no le tenga usted miedo á Bernardo; los muertos no hacen nada."

Y en el sucio escritorio de aquella pieza obscura, permanecía mudo y yerto el cadáver de un hombre ilustre y prez del Ejército mexicano. Una escupidera recibía la sangre que gota á gota manaba de las heridas.



*Aspirantes combatientes en la Ciudadela.*

## Desde Chapultepec hasta Palacio

La noticia de que el General Félix Díaz había sido puesto en libertad y estaba á la cabeza de los revolucionarios, no pudo causar otro efecto en el Sr. Madero que el de una descarga eléctrica.

Su cautivo, al que creía seguro en las mazmorras de San Juan de Ulúa, libre? No lo quería creer. Pero tuvo que convencerse ante la real magnitud de los acontecimientos. Y muy á pesar suyo comprendió la situación aflictiva en que se encontraba.

El Mayor D. Emiliano López Figueroa, Inspector General de Policía, el General García Peña, el General Huerta y sus Ministros, todos le habían confirmado la noticia, para él desagradable y triste. ¿Qué hacer? ¿Todo estaba perdido?

A su memoria, en esos momentos entorpecida, acudió el recuerdo histórico del General Manuel González, atravesando la plaza de Armas en medio de las turbas enfurecidas que pedían á gritos su renuncia por la acuñación de monedas de nickel; vió al valiente manco trasponer la puerta de Palacio, desafiando el peligro, haciendo un supremo esfuerzo para contener sus nervios al herir sus oídos palabras injuriosas, términos denigrantes.

Recordó al gran Juárez en Guadalajara, con el bronceo rostro impasible ante las bocas de fuego de los fusiles de los soldados que lo iban á fusilar, y sus labios irónica y dolorosamente contraídos; y más tarde vió al Indio

de Guelatao cubierto de gloria, continuar en el poder.

Todo esto contribuyó eficazmente para que el Sr. Madero se decidiera á marchar sobre Palacio; pero más aún, la noticia de que los rebeldes se habían retirado con dirección que no se conocía; que el General Reyes había sido muerto y que el Palacio, la Catedral y las alturas contiguas estaban ocupadas por tropas fieles al gobierno.

Al fin, el Sr. Madero dispuso se le ensillara su caballo para dirigirse al Palacio Nacional en donde, según le indicara uno de sus adictos, estaba su lugar.

Se alistaron los cadetes de Chapultepec, que ya se preparaban á salir como día domingo y lucían el uniforme de gala, para escoltar al Primer Magistrado de la Nación. El Director del Establecimiento, Teniente Coronel Víctor Hernández, alentó á los cadetes para acompañar al Sr. Madero en su viaje al Palacio.

En los jóvenes rostros de muchos de los alumnos del Colegio Militar se pudo observar un gesto de contrariedad; un rasgo que delataba el disgusto de su alma.

Mientras tanto, á marchas forzadas, se dirigía á Chapultepec parte del Batallón de Seguridad, mandado por el Gobernador Federico González Garza, para engrosar la escolta del Presidente.

El Mayor López Figueroa, Inspector de Policía, desde Chapultepec había estado dando órdenes á los cuarteles de las Gendarmías de á pie y Montada, para que éstos salieran á formar también parte de la escolta.

En las habitaciones del alcázar presidencial se registraban escenas patéticas. Todo estaba en el más completo desorden. El temor se había apoderado hasta del último sirviente.

Un caballo ensillado esperaba impaciente, tascando el freno, al jinete que había de conducir. Varios soldados de Caballería estaban en espera de marcha.

El Sr. Madero, visiblemente nervioso, montó en su caballo tordillo quemado, y seguido por los guardias presidenciales que estaban de servicio en el alcázar, salió de Chapultepec, bajó la rampa, cruzó la arboleda, y por la Calzada de la Reforma se dirigió al Palacio Nacional.

Hasta aquel lugar llegaba el eco casi apagado por la distancia de los disparos de ametralladoras y fusiles.

Diez alumnos marchaban á distancia de la columna de avanzada, y el Colegio Militar, en su totalidad iba al lado del Presidente Madero en dos filas, que marchaban junto al enlozado de la banqueta.

El Sr. Madero, á caballo, iba seguido del Mayor López Figueroa y de su hermano D. Gustavo, que iban también á caballo. El señor Ernesto Madero, Ministro de Hacienda, y tío del Presidente, caminaba apresuradamente por la banqueta, acompañado de varios Oficiales.

Una compañía de cadetes recibió órdenes de que á paso veloz se dirigiera á cuidar las bocacalles, orden que cumplieron desde luego.

La columna seguía su marcha en medio de la general expectación. El Presidente Madero, más sereno, sonreía. El Ministro de Fomento, Ing. Bonilla, se unió á la columna, bajando

de un automóvil de la Presidencia.

Al llegar el Presidente y sus acompañantes á la esquina de Bucareli y Paseo de la Reforma, ya las bocacalles estaban resguardadas por los cadetes que impedían el paso, arma en mano, á los transeantes.

Llegaron á la Avenida Juárez. Varias gentes del pueblo bajo, alentadas por elementos insanos que formaban parte de la "maffia maderista" ó porra, como le llamara el inolvidable Sánchez Santos, aplaudían al Presidente. Cundo la columna estaba cerca del monumento que á la memoria del Benemérito de las Américas se ha erigido en la alameda, se escucharon algunas detonaciones, y por esto se hizo un ligero alto en previsión de algún lance.

Continuó la marcha; el Sr. Madero y sus acompañantes se encontraban cerca del Teatro Nacional, cuando de un edificio cercano salieron varios disparos de arma de fuego, lo que hizo temer, pues se creyó que los soldados felixistas coronaban esas alturas.

El Presidente Madero, con el jefe de su Estado Mayor, Capitán de Navío Hilario Rodríguez, y otras personas que lo acompañaban, penetró á la fotografía Daguerre, mientras los cadetes y varios soldados de la montada escoltaban la construcción del Teatro Nacional para proteger las vidas del Primer Mandatario y sus acompañantes.

¡Cuán hondas reflexiones hizo el cerebro! En ese edificio fotográfico, desde uno de cuyos balcones el 3 de Septiembre de 1911, el señor General Reyes que presenciaba una manifestación, fuera objeto de las iras de la ple-

be maderista, el ídolo de ésta se ocultara allí de las balas de sus enemigos.

Minutos después el Presidente Madero aparecía en un balcón del primer piso, y sonreía al pueblo. En su rostro se observaba la desconfianza que su espíritu abrigaba.

Solón Argüello y Mariano Duque, miembros de la nefasta porra, seguidos de algunos individuos de la plebe, vitoreaban al Presidente, aclamando la legalidad, proclamando el sufragio efectivo. La bandera nacional en manos de esta canalla, se plegaba vergonzosa, en tanto que ondeaba gloriosamente en un edificio de la Avenida de San Francisco.

Asomó por el balcón el rostro trigueño del Capitán Rodríguez Malpica, y se dirigió al populacho que allí estaba agrupado, diciéndole que el puesto del Presidente de la República estaba en el Palacio Nacional, y que allí se dirigiría.

Un rugido se escuchó, y Solón Argüello y sus secuaces lanzaban destemplados vítores al Presidente que seguía sonriendo desde el balcón central de la fotografía Daguerre.

El señor don Manuel Bonilla, habló también, é invitó al pueblo á seguir al señor Madero en su marcha al Palacio Nacional; le llamó pueblo viril y fuerte, pueblo sensato y patriota.

El eco de los disparos no dejaba de escucharse. En torno del Presidente Madero se habían agrupado varios de sus simpatizadores y amigos. El diputado Pedro Antonio de los Santos, el que amenazara fulminante á las galerías de la Cámara con dispararles su revólver, llevaba una carabina en la mano; el señor Ge-

neral don Victoriano Huerta había llegado á aquel sitio, lo mismo que el Ministro de la Guerra, General Angel García Peña, que presentaba una herida en la cara, en donde la sangre se había coagulado. Habían llegado también el señor licenciado Rafael Hernández, Ministro de Gobernación y don Jaime Gurza, de Comunicaciones.

Un cadete cuidaba de la puerta de la fotografía; este cadete era hijo del General García Peña. Las alturas del Teatro Nacional y de otros edificios cercanos, estaban ocupados por hombres del Gobierno. En el primer Callejón de López permanecían á la expectativa varios gendarmes de la Montada con los mausers preparados para hacer fuego de un momento á otro. Don Ernesto Madero estaba al lado de su sobrino.

El señor Madero, con ligeras inclinaciones de cabeza, daba las gracias á los que lo vitoreaban.

—¡A Palacio!—fué el grito que se escuchó. El Presidente Madero salió de la Fotografía Daguerre, montó su caballo, y seguido del señor Bonilla, del Capitán Blázquez, de las Guardias Presidenciales, del Director del Colegio Militar y de otras muchas personas, se dirigió por las calles de San Francisco al Palacio Nacional.

El aspecto que presentaba la Plaza de Armas era horriblemente macabro. Aquí y allá cuerpos inanimados. Heridos lanzando ayer desgarradores, debatiéndose en los umbrales de la muerte.

Charcos de sangre por doquiera. Ojos fijos mirando al cielo; labios entreabiertos, co-

mo pronunciando la última exclamación de angustia. Rostros ensangrentados y contraídos en la terrible lucha con la muerte. Fragmentos de metralla regados por el suelo, casquillos de bala, chaquetines y kepis militares.

El señor Madero penetró así á la Plaza de Armas, seguido de la turba; sonriendo á los vitores y aplausos.

Y la turba pasaba por encima de los cadáveres, con la inconciencia de su ignorancia.

El Presidente Madero y sus acompañantes siguieron su camino por el atrio de la Catedral; en las losas duras y frías permanecían lívidos y yertos los cuerpos de valientes aspirantes y denodados "juanes" que murieron en la pelea, con la frente muy alta y sereno el espíritu.

Llegó por fin la columna al Palacio Nacional en cuyas alturas estaban soldados del veinte batallón. Varias ametralladoras habían sido emplazadas, trágicamente abocadas á las principales arterias de la capital.

Los bomberos se habían unido á la columna en la Avenida Juárez, y protegiendo la Avenida de San Francisco, llegaron al Palacio Nacional, de donde se trasladaron al Palacio Municipal, para coronar igualmente las alturas.

Tan pronto como el Presidente Madero hubo entrado al Palacio, las puertas se cerraron pesadamente, y los cadetes se instalaron en las calles que desembocan á la Plaza de Armas, Avenida San Francisco, Avenida del Cinco de Mayo, Avenida del 16 de Septiembre, Calles de Flamencos, Calles de la Acequia, de

la Moneda, del Reloj, Tacuba y Santo Domingo.

Los curiosos que pululaban por las calles, eran obligados á retroceder cuando trataban de penetrar á la Plaza de Armas. En varias azoteas del Cinco de Mayo, San Francisco, 16 de Septiembre y otras calles, habían tomado dispositivo de combate los alumnos del Colegio Militar.

Varios aspirantes permanecían aún en las torres de la Catedral, y valiéndose de golpes de astucia pudieron salir del cerco sin ser aprehendidos.

Desde luego el Presidente y sus Ministros, que ya habían entrado al salón de acuerdos se pusieron á discutir las medidas que debieran tomarse en esas difíciles y aflictivas circunstancias. Se acordó, en primer lugar, declarar la terrible Ley Marcial, y reconcentrar fuerzas del Estado de Morelos, México, Guerrero, Oaxaca, Puebla y de algunas otras partes de la República.



*El General Mondragón y el señor Cecilio Ocoín*

## La muerte del Gral. Ruiz y la Porra

Mientras sucedía esto en uno de los salones de la Presidencia, en el jardín del Palacio, en donde muchas veces descansara de sus fatigas el glorioso estadista D. Porfirio Díaz, el señor General D. Gregorio Ruiz, Diputado al Congreso de la Unión, uno de los conjurados, caía sin vida acribillado á balazos por un piquete de soldados del veinte Batallón.

La sentencia fué dictada por el Presidente Madero, y se llevó á cabo ciegamente. No se respetaron las glorias de ese militar, ni su cabellera plateada por la escarcha de los años ni su fuero como Diputado.

Fueron cruelmente inflexibles para con el veterano militar, que pidió, como última gracia ordenar la ejecución.

El señor General Ruiz dió muestras de una serenidad que asombra; se dirigió á los soldados que lo iban á fusilar y á alguno de los presentes y les dijo en estos ó parecidos términos, pues la memoria no puede conservarlos fielmente por razones psicológicas: "decid á mis hijas que no se averguencen de su padre, y que he muerto defendiendo la causa de mi compadre el General Reyes.—Apunten. . . . Fuego!" Fueron las últimas palabras del valiente militar, que en las últimas fechas militara en la Cámara de Diputados en las filas de la oposición. El General Ruiz cayó sin vida en la roja arenilla de los verdes prados. Los árboles parecían avergonzarse de ser tes-

tigos de aquella escena preñada de dolorosa tragedia; sus ramajes frescos se mecían lentamente. . . tristemente, y de sus verdes hojas caían gotas de rocío. La naturaleza parecía llorar ese infortunio. Negras nubes se dibujaban en la comba del cielo. El sol alumbraba medrosamente el jardincillo. En el mullido césped salpicado de púrpura sangre, brillaban húmidamente algunas gotas de agua.

El cielo poco á poco se iba obscureciendo, tal parecía presagiar la prolongación de la tragedia.

En las afueras de Palacio silencio de muerte reinaba. Los cadetes con el brazo recargado en el cañón de su arma, meditaban.... El rojo de la sangre y el olor de la pólvora hacían más espeluznante aquel cuadro.

Mientras tanto, los alaridos de la porra se escuchaban por diferentes rumbos de la ciudad. Por las calles de Medinas y San Lorenzo, por las de López y San Diego.

La maffia maderista hacía de las suyas aprovechándose de las circunstancias. Con la tea incendiaria en la diestra y el guijarro en la siniestra, lanzaban imprecaciones, vomitaban injurias contra los periodistas independientes.

Alentados por Solón Argiello, Mariano Duque, y quién lo creyera, por algunos Diputados, prendieron fuego á las oficinas de "El País." Penetraron en medio de salvaje algarabía, destruyendo rotativa y linotipos, incendiando maderamen, robando dinero y objetos.

Estaban sedientos de destrucción, á hin-

caban sus colmillos en los rollos de papel, que empezaban á incendiarse.

¡Cómo si la destrucción de un inmueble pudiera opacar la luminosidad de una idea!

Y la figura de Sánchez Santos, en medio de las llamas del incendio, surgió apocalíptica, maldiciendo á la porra, anatematizando á sus organizadores.

La porra ese día se dividió en brigadas. En la calle de Medinas, frente á las oficinas de "El Noticiero Mexicano," una turba de desarrapados lanzaban mueras á su director, y arrojaban guijarros. El pánico se apoderó de las personas honradas. Se creían ser víctimas de uno de estos viles atentados impensadamente.

Por la calle de López, la maffia pedía sangre, quería beber sangre, quería bañarse en sangre. No hubo carnes blandas en que hundir el puñal, y la tea destruyó todo, consumió todo. Buscaban á García Naranjo. . . no lo encontraron. Consumada su obra destructora, se dirigieron al "Heraldo Independiente" que también le prendieron fuego.

¿A qué se debían estas operaciones de la porra? Parece ingénuo la pregunta.

"El País," en su suplemento ilustrado había sacado una plana á colores con los retratos de D. Gustavo Madero y D. José María Pino Suárez, teniendo en medio el boceto de la porra, obra de uno de nuestros jóvenes escultores.

"La Tribuna" había contribuído grandemente á levantar el espíritu del abnegado Ejército con los editoriales de García Naranjo. "El Heraldo Independiente" había alentado la

revolución con sus informaciones. "El Noticioso" se había propuesto la labor de ir marcando uno por uno los desaciertos del Gobierno maderista.

Ellos habían contribuido en gran parte á la rebelión, y justo era que pagasen su culpa, sucumbiendo á manos de la porra! Tal era la lógica de los porristas.

En las calles de la ciudad se registraban escenas dolorosísimas.

Los socios de las Cruces Blancas y Rojas recogían del arroyo los muertos y heridos.

El Dr. D. Antonio Márquez, uno de los socios más estimados de la Cruz Blanca Neutral, perdió la vida, en los momentos que recogía un herido frente al Palacio Nacional.

Practicantes y doctores, y particulares caritativos, resultaron heridos en la refriega. Las balas de los soldados del Gobierno no respetaban nada. Muchas personas guiadas por sus sentimientos humanitarios se acercaban ya á recoger un muerto ó atender un herido, quedaban allí sin vida traspasadas por las balas de acero de los mausers.

Señoras y niños, jóvenes y ancianos, perecieron en la primera jornada.

Y entre tanto, el Presidente Madero y sus Ministros continuaban discutiendo.....

## La toma de la Ciudadela

Las descargas sobre la columna de felixistas eran cada vez más nutridas; los soldados del 200. y 240. Batallones, parapetados en el Palacio, continuaban disparando sus armas las ametralladoras no cesaban de hacer fuego. El General Díaz, en vista de éstos inesperados sucesos, previendo que la columna pudiera desorganizarse por la sorpresa dada, dió órdenes de marchar hacia la derecha, por las calles del Reloj.

Las personas que iban acompañando al señor General Reyes, D. Enrique Fernández Castellot, General Mariano Ruiz, Lic. Rodolfo Reyes, Lic. Melesio Parra, y parte de la columna que pudo avanzar hasta la puerta central de Palacio, tuvieron que dispersarse, en vista del hostil recibimiento. El caballo que montaba el General Reyes huyó desbocado, y el ilustre divisionario quedó tirado en el suelo, carente de existencia.

Parte de la columna revolucionaria había quedado en la calle de la Moneda, pues se tenían temores de un ataque, dadas las posiciones que ocupaban los soldados del vigésimo y vigésimo cuarto Batallones. Pero viendo que los soldados del torreón Norte de Palacio presentaban sus armas al General Reyes, renació la confianza y los felixistas avanzaron, teniendo que replegarse más tarde, cuando se les hizo fuego desde la puerta central de Palacio, por órdenes del General Villar y del Coronel Juan G. Morelos, jefe del 200. Batallón.

Los revolucionarios, ya organizados, marcharon por las calles del Reloj, con dirección á Peralvillo, llevando á la cabeza al señor Brigadier D. Félix Díaz y General Manuel Mondragón, que estaban rodeados por personas de su confianza que fungían como miembros de su Estado Mayor.

¿Qué harían los revolucionarios en vista del fracaso de Palacio?

Eso fué lo que iban discutiendo en el camino los jefes del movimiento.

Mientras tanto, continuaban haciendo fuego sobre los soldados de Palacio los aspirantes que permanecían aún en las torres de Catedral y Santa Inés. Más tarde, cuando llegó Madero, y fué cercado el edificio por los alumnos del Colegio Militar, los aspirantes tuvieron que bajar cautelosamente para no ser vistos. Los de la Catedral pudieron salir por la Capilla del Seminario; escaparon por una ventana de la azotea descolgándose hasta el altar mayor, con inminente peligro. Los de la torre de Santa Inés se descolgaron por una vecindad de la calle de éste nombre, siendo ayudados á ocultarse por los vecinos que les facilitaron ropas para disfrazarse.

La columna seguía su marcha.

Serían las nueve y media de la mañana aproximadamente, una hora después de la muerte del señor General D. Bernardo Reyes, cuando la columna de felixistas torcía por la antigua calle de Arcinas para continuar su avance por la de las Moras. Varios disparos se escucharon, y un piquete de gendarmes de la montada que se había encontrado con la columna huía temeroso.

De las ventanas y balcones brotaban vítores y aplausos para los rebeldes. La gente palmeaba delirante, y jóvenes hermosas arrojaban flores á los felixistas, á su paso por las calles de Santa Catarina y Santo Domingo.

¿A dónde se dirigían los Generales Mondragón y Díaz, acompañados de su gente? ¿A tomar la Ciudadela! Esto se había acordado en el trayecto de Palacio á la calle de Arcinas, á la Ciudadela, pues, al último reduci6, se dirigía la columna.

Gendarmes de la Montada que se habían unido á los felixistas vitoeraban á su caudillo.

La columna siguió su marcha por las calles de Santo Domingo; en primer término iba una descubierta de Gendarmes de la Montada, carabina en mano, y las cananas y cartucheras repletas de cartuchos; seguían los dragones del primer Regimiento de Caballería, todos ellos dando muestras de verdadero regocijo; Después, secciones de Artillería, al cuidado de hombres jóvenes y fuertes; seguía otro piquete de la Gendarmería Montada, y detrás iban el General Díaz y el General Mondragón, acompañado de numerosos partidarios.

Siguió la columna hacia el Poniente, en medio de las aclamaciones del pueblo. Durante el trayecto se les unieron varios piquetes de la Gendarmería Montada, militares y paisanos; la marcha continuó con dirección á la Ciudadela.

Llegaron por fin los sublevados á las calles de Bucareli, y las fuerzas tomaban disposiciones de combate.

Mientras ésto sucedía, en la Secretaría de Guerra se recibieron noticias de que los rebel-

des avanzaban sobre la Ciudadela; el Ministro de la Guerra ordenó al Mayor de Ordenes de la Plaza, General D. Antonio Villarreal, se trasladara á la Ciudadela con instrucciones de no ceder un ápice á las demandas de los rebeldes. Se enviaron varios gendarmes de á pie, de la Montada y del Batallón de Seguridad, para defender la fortaleza.

Por órdenes del señor General Mondragón se embocaron los cañones al baluarte. Se hicieron varios disparos de fusilería, cesando el fuego breves instantes para dar tiempo á un emisario de los felixistas que llevó un pliego cerrado al jefe del establecimiento, Gral. Dávila, pidiéndole su rendición. Como el General Dávila contestara en sentido negativo á las pretensiones de los rebeldes, se abrió nuevamente un fuego nutrido sobre el baluarte.

De las azoteas del cuartel de los guardias Presidenciales disparaban sus armas éstos y varios gendarmes de á pie y de la Montada contra los felixistas que cada vez reducían más y más el cerco que le habían formado á la Ciudadela.

Varias ametralladoras de las fuerzas defensoras de la Ciudadela estaban funcionando; los efectos que causaron en las filas revolucionarias fueron relativamente pocos, pues los balines iban á incrustarse en los muros de los edificios donde estaban parapetados los felixistas.

En los precisos momentos en que el fuego era más nutrido, y la humareda de la pólvora era más densa, un clarín, desde lo alto de la Ciudadela, tocó cese el fuego, y una bandera blanca ondeaba.



*Señor General don Aureliano Blanquet.*

Se tocó parlamento, y las armas cesaron de hacer fuego.

Una avalancha humana se precipitó al interior del enrejado de la Ciudadela, y los Generales Díaz y Mondragón, acompañados de varios de sus partidarios, militares y civiles, penetraron por la calle donde está situada la Escuela de Comercio, al jardín de la Ciudadela, cuyos alrededores estaban vigilados por fuerzas felixistas.

El señor General Mondragón fué el primero de bajar de su caballo para penetrar á la Ciudadela y hablar con el Coronel Dávila.

Como el comisionado dilatara algunos minutos, y el tiempo era apremiante, el señor General Díaz y varios paisanos se introdujeron al baluarte, con el objeto de saber el resultado de las conferencias.

El señor General Dávila, en vista de que muchos de los defensores de la Ciudadela habían muerto y otros se encontraban gravemente heridos, accedió á la petición del señor General Díaz, y en los momentos en que penetró á la pieza donde se encontraba este militar y el General Mondragón, con sus acompañants, se firmaba el acta de rendición.

El General Dávila entregó su espada al General Díaz, y éste, al saludarlo, le dijo en tono solemne: "tengo el gusto de estrechar la mano que firmó en Veracruz mi sentencia de muerte."

El Coronel Dávila quedó en calidad de prisionero de guerra, rodeado de las más amplias garantías. El señor General Villarreal, que se batió denodadamente contra los felixistas, se encontraba muy mal herido. Más tarde

fué trasladado al Hospital Militar, en estado de gravedad, en donde falleció á las pocas horas.

Entre tanto, las fuerzas revolucionarias habían ido penetrando á la Ciudadela y coronando las alturas contiguas. En la calle de "Enrico Martínez" se emplazó un cañón, otro en la calle de Tolsa, otro en la esquina de Arcos de Belén y Avenida Balderas, con dirección á la cárcel, y otro en la calle de San Antonio, abocados todos hacia afuera.

De los almacenes fué trasladada gran cantidad de parque á la Ciudadela. Los defensores del baluarte se mostraban muy animosos de combatir.

Desde luego, se ordenó que todas las fuerzas se acuartelaran y se dieron armas á los paisanos que manifestaron deseos de pelear y que carecían de ellas.

En varios edificios cercanos fueron emplazadas ametralladoras, que estaban á cargo de oficiales y aspirantes.

Gran cantidad de gente se aglomeraba en rededor de la Ciudadela, presenciando los preparativos de combate, que se estaban llevando á cabo con gran actividad, bajo la dirección de los Generales Mondragón y Díaz, y Coronel Montér.

El edificio de la Escuela de Comercio y varias casas particulares situadas al frente y atrás de la Ciudadela, así como á los lados, presentaban los estragos de las balas.

Varios particulares llegaban á la Ciudadela, llevando alimentos y dinero para los revolucionarios, que ya habían ocupado magníficas posiciones. Los jefes del movimiento

deliberaabn.....

Las avanzadas tenían órdenes de hacer fuego sobre cualquier grupo de hombres armados.

La alarma había cundido por toda la ciudad. La situación no había podido decidirse aún. Se decía que el General Villarreal y el Coronel Dávila habían sido fusilados en el interior de la Ciudadela, en unión de otros militares.

Serían cerca de las cinco de la tarde, cuando una de las avanzadas que ocupaban un puesto en el costado Oriente de la Ciudadela, vieron que se aproximaba un grupo numeroso de rurales, que seguramente eran fuerzas enviadas por el General Villar, é hicieron fuego sobre ellas, causándoles numerosas bajas, teniendo que huir en dispersión.

Este tiroteo fué de breves minutos y el pánico, en su grado máximo, se apoderó de los curiosos, que huían velozmente, apartándose del sitio peligroso.

Uno de los jefes militares de la Ciudadela había ordenado despejar, desde las primeras horas de la tarde, los alrededores; pero, no obsante esa disposición, las calles continuaban invadidas por personas de todos sexos, que á pie y en coche habían querido ver, con sus propios ojos, lo que les hubieran referido acerca de los acontecimientos.

Desde esa hora, las calles empezaron á verse desiertas, pues toda la gente temía un combate de un momento á otro.

Cerca de la una de la tarde, cuando la Ciudadela ya estaba en poder de los rebeldes, se presentó en este lugar el Mayor Emiliano

1026003176